

á toda hora por ponerme en posesión de aquella por quien suspiro, no me ocultes la verdad; adólcete de mis penas; con tales ansias te escucho, como enfermo que desesperado batalla entre la vida y la muerte.

—A juzgar por las apariencias, contestó la lechuza con voz gangosa, cierta cosa es para mí que está tocada de amor ó, por lo menos, que siente inclinación por ellos y sabido se está que las cosas caen del lado á donde se inclinan.

—Un áspid que hubiera clavado en mis entrañas su emponzoñado diente, no hubiera causado tanto estrago en ellas, como tú con tu respuesta, dijo Thermaxerin. ¿Con qué no eran vanas mis celeras? Pues bien, añadió con voz bronca y cavernosa; ya que, como á hombres libres que son, no me es dado quitarles la vida, yo haré, si por fortuna mía ambos á dos no se matan en la liza, por estorbar su triunfo. Pero como pudiera acontecer que de aquí para entonces el fuego que me consume diera conmigo en el hoyo, es voluntad mía que seas albacea de mi venganza. Esta alhaja que aquí ves, joya única en su género, que me

legó al morir una famosa jorgina judía de la Meca, envuelta en un vellón de lana de cabrón negro castrado con un hueso de dátíl albarrano, secado en almijar, es el maravilloso peine con el cual, según se lee en el *Sahih*, fué hechizado nuestro profeta Mahoma. Haraste con presteza y diligencia del vellón y del dátíl y, caso de yo morir, las envolverás con el peine en un trapo, y allá, cuando te plazca, con solo pronunciar un conjuro, de los que te tengo enseñados, la princesa, esos caballeros y cuantas personas te viniere en gana, serán irremisiblemente encantados. Réstame por decirte que las púas de este peregrino peine, lanzadas á modo de agudísimas saetas, tienen la singular virtud de matar á los esclavos, caballos y toda suerte de animales ó de derrengarlos ó lisiarlos, según el sitio en que fueren clavadas. ¿Harás esto que te digo?

—Si haré, contestó la lechuza, asiendo con la garra del pie derecho el peine que le alargaba Thermaxerin. El cual, habiendo ordenado á la maga que se retirase, retrepóse sobre el respaldo del sillón y, rendido del sueño, no

tardó en roncar como un condenado. Era la hora en que las campanas de la capilla de palacio y de la iglesia parroquial daban el Ave María, y una banda de músicos y ministriles, sonando muy regocijadamente la alborada con sus dulzainas, chirimias y otros instrumentos, seguida de los farautes y perseverantes del rey, salía por las puertas del alcázar á recorrer las plazas y cantones de la villa para hacer público pregón, en cumplimiento de las ordenanzas de la caballería, del torneo acordado por S. A. á suplicación del Farfán Aceja.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

## CAPÍTULO XIX.

De la piedad y caridad de Zoraida; del anhelo de la Reina D.<sup>a</sup> María y de su corte por su conversión y de las desconfianzas de fray Lope Barrientos.

**M**IENTRAS Thermaxerin pasaba el tiempo engolfado en sus condenados libros y, apacentado en ellos, meditaba algo de siniestro contra el príncipe de Granada y el Farfán Aceja; su ama, la princesa Zoraida, como mujer de buen entendimiento, restadas las horas consumidas en las fiestas y las destinadas al descanso, había dado á las que le quedaron horras, desde su entrada en Arévalo, honestos y provechosos empleos. Iniciada por el mirasa Jamelique en los misterios de la religión cristiana, eran tales sus ansias por instruirse en sus prácticas, que no dejó de asistir un solo día al santo sacrificio de la misa que, á imitación de la reina, hincada de hinojos en tierra, oía con gran devoción y re-

cogimiento. Sentía aquella alma candorosa tan encendido afecto por la Virgen, á quien llamaba Lela Marien, y por su Divino Hijo, que una mañana en que, terminado el oficio, quedó sola en la capilla con la reina y el santo obispo de Burgos, mostró tan vehementes deseos de tener un ratito en su regazo al niño Dios, que una imagen de talla de María sostenía en sus brazos, que luego fué complacida. ¡Oh y que alegría tan inefable la suya cuando lo tuvo en las manos, que de mimos y de caricias le hizo, cuantas ternezas y requiebros de amor le dijo pasito! ¡Como que no parecía sino que los ángeles hablaban por su boca!

Lloraban y reían á un tiempo, dulcemente conmovidos, la reina y el obispo al ver aquellas muestras de piedad. Pero cuando, después de una buena pieza de mirarlo y remirarlo y regalarse con él, llegó el momento de restituir el niño Jesús á su Santísima Madre, fueron tales sus extremos, tan redoblados y ardientes los besos que le dió y tan copiosas las lágrimas que corrían por su rostro, que no parecía sino que, al quitárselo, le arrancaban el corazón del pecho.

— ¡Ay que dolor de niña! dijo por lo bajo suspirando la reina al obispo de Burgos. ¡Cuan buena y bella es! La pena me ahoga al pensar que ha de llegar el día en que la perdamos para siempre de vista sin abjurar los errores de la maldita secta mahometana. ¡Oh, y que disposiciones tan hermosas las suyas y cómo resplandece en ellas la suavísima luz de la gracia!

— Encomendémosla á Dios, dijo el santo obispo, elevando los ojos al cielo, y sea nuestra intercesora su bendita Madre, por quien muestra tan singular predilección esta criatura.

— ¡Que suerte la del caballero en quien ponga esta perla los ojos! ¡Qué daría yo, añadió, por que los fijase en mi muy amado hijo! Ahora más que nunca querría, que fuera el Infante un dechado de perfecciones. Dicha grande la nuestra si este ángel en la tierra, renunciando al trono de Tartaria, llegara á ocupar el de Castilla.

Interesada la reina en el bien espiritual de la princesa, pasaba con ella buena parte del día satisfaciendo su curiosidad infantil sobre

lo que le preguntaba, aunque, cuando versaba el discurso sobre los misterios y artículos de la fe, tomaba á su cargo el explicárselos el reverendo obispo de Burgos, que ordinariamente las acompañaba. Este afán de la reina y del santo prelado era el de toda la corte, la cual, en los días que llevaba la princesa de estar en ella, había tenido ocasión de avalorar las altas prendas de alma con que el Señor la había enriquecido. Afable y dulce de natural, llevábase la princesa de calle á cuantos la trataban. Aunque su vestimenta era cual convenía á su alto rango y estado, en ella, como en la suavidad de su rostro, en la benévola sonrisa de sus labios, en el gesto y la mirada, en el timbre de su voz, en la manera de estar queda ó de moverse, en lo que decía y hasta en lo que se callaba, daba testimonio de su honestidad. De ella podía decirse que, así como en el agua clara se parece el semblante del hombre, según rezan las Escrituras, así se retrataba en el suyo su bondad interior. Parca en el hablar, nadie tuvo que reprender en su plática una palabra ociosa ni una pregunta indiscreta, ni una curiosidad importuna. Con

ser soberanamente hermosa y repetírselo todos, jamás hizo cuenta de serlo. ¡Hasta parecía haber puesto en olvido que era heredera de un gran imperio! Pues por ser humilde y sencilla tan á la llana y tenerse á sí misma en nada, era tenida en tanto por la corte de Castilla.

Entre las otras alhajas, de que le había provisto largamente la solicitud de su amadísima madre, la sultana Hausada, figuraba el famosísimo y muy peregrino anillo de su abuelo, el gran Tamorlan, cuya piedra, al decir de los sabios astrólogos de Samarcanda, labrada por los genios y tocada en el sello de Salomón, poseía la maravillosa virtud de enturbiar su color, siempre y cuando la persona, con quien platicase su dueño, faltara á la verdad. Con todo eso, nunca se le ocurrió á Zoraida sacar aquella alhaja de su guardajoyas, porque prefería ser engañada á pasar por el trance amargo de persuadirse que pudiera haber en el mundo quien se atreviera á mentir, lo que abonaba su discreción, pues, estando, como estaba á diario, en comunicación con la gente cortesana, no hubiera tenido su dolor inter-

mitencia al ver constantemente anublada la piedra de su anillo.

Solícita de acudir á las necesidades de los pobres vergonzantes, que son los que más urgente auxilio reclaman, aprovechaban ella y la reina el tiempo que mediaba entre la oración de la noche y las ánimas para visitar sus zaquizamis, consolarles y darles el óbolo de la caridad. Recatándose hasta de sus damas y sirvientas y cuidando de no ser de nadie vistas ni sentidas, luego de rezar el Ave María, salían cuotidianamente las ilustres damas, rebizadas en los mantos, por un postigo excusado del alcázar sin otra compañía que la del mirasa Jamelique, disfrazado de rodrigón, con quien recorrían las calles de la villa y los arrabales de los mudéjares y judíos. ¡Oh, y qué lluvia de bendiciones caía á diario sobre aquellas señoras misteriosas! ¡Cuántas fervorosas y agradecidas oraciones elevaban á Dios por ellas aquellas almas desoladas, que comenzaban por ignorar de donde les venían tan cuantiosas limosnas! ¡Y cuán ricas de dones espirituales, qué dulcemente satisfechas y alegres, cumplida por el amor de Dios y á sorbo

callado aquella hacienda de caridad, regresaban la reina y la princesa á su morada! Si los favorecidos de la fortuna, exclama al llegar aquí el narrador de esta historia, supieran que el óbolo que se dá al pobre, se dá á rédito al mismo Dios, que es el mejor y más espléndido de los pagadores, no se encontraría un solo cicatero en el mundo.

Pero las liberalidades y larguezas de Zoraida no se limitaban á socorrer á los pobres vergonzantes; alcanzaban por igual á los hospitales, fundaciones piadosas y casas de religión, que había en la villa, á las cuales iba de vez en cuando con la reina y el mirasa Jamelique, quien había hecho á la princesa, al explicarle la historia de la Europa bárbara, tan expresivo y acabado retrato de las órdenes monásticas, fautoras de su civilización y cultura, que fué todo su afán, al poner el pie en tierra española, el conocer y tratar á aquellas almas dulces y sencillas, que, obedientes á la voz de Cristo, renuncian al mundo para tomar su cruz y seguirle; á aquellas fragantes flores, nacidas al calor del santuario y regadas por el rocío bendito que desciende de las alturas misterio-

sas de la gracia, á aquellas palomas entre milanós, á aquellos corderos entre lobos, á quienes amansan con su humildad, á aquellos ecónomos y limosneros de los pobres, sostén de los huérfanos, báculo de los ancianos, paño de lágrimas del triste y del afligido, sal que sala la carne corrompida, preservándola de la moscarda de las pasiones, espumadera de vicios, santificadores del trabajo, transformadores en jardines y verjeles de los yermos y despoblados, criados, sin salarios, gajes ni adehalas, de los llagados y leprosos, aventadores de la ignorancia, cultivadores del entendimiento y del corazón, maestros en costumbres y piedad y tan rigurosos y crueles consigo que, tomando ejemplo en su Divino Redentor, hacen justicia en sí mismos con sus mortificaciones, ayunos y penitencias y hasta con el sacrificio de su propia vida de los pecados ajenos.

Al comunicar Zoraida con los frailes y freiras de los conventos de Arévalo, muchos de los cuales, como le dijo la reina doña María, eran hijos de las principales y más opulentas casas del reino, creía encontrarse en las ante-

salas de la gloria, y al ver en la suavidad y dulzura de sus rostros y en la apacibilidad y modestia de su continente resplandecer con la luz de los cielos aquellas peregrinas virtudes, con que se los había pintado su ayo Jamelique, pasmada de admiración y asombro, interiormente se decía: ¿qué religión es esta de Cristo crucificado, que tales prodigios obra y tan estupendas maravillas?

Con todo esto, se mostraba tan por extremo reservada en orden á su conversión, que había momentos en que la reina doña María, el obispo de Burgos y aun el mismo mirasa Jamelique se sentían descorazonados. De notar eran, en verdad, pasados, que fueron, los primeros días de su estancia en Arévalo, el recogimiento de la princesa, de ordinario comunicativa, y su abstracción á veces de cuanto la rodeaba, aun en ocasiones en que la plática, que con ella tenían, era más animada y viva.

—¿Cual será la causa de este estado?, preguntaba la reina la víspera del torneo á los prelados de Burgos y de Ávila, al confesor del rey y al mirasa Jamelique, que estaban con S. A. en la real cámara.

—Por lo que á mí toca, no lo se declarar por lo cierto, dijo el obispo de Burgos; pero, á lo que se me antoja, de algunos días á esta parte batallan á todo poder en el corazón de Zoraida dos encontrados é irreconciliables afectos: el encendido que muestra á la religión de Cristo y el que profesa á la de Mahoma, no por sí misma, sino por ser la de sus padres.

—De ser así, observó el obispo de Ávila, trabajo le mando al catequista que tome á sus cuestras el reducir al gremio de nuestra Santa Iglesia á esa ilustre dama en el breve tiempo que le queda de estar en Castilla.

—Bien se me alcanza, repuso el obispo de Burgos, lo arduo de la faena, ni se me oculta tampoco no ser obra de un día; pero Dios, Nuestro Señor, se encargará de abreviar el proceso y allanar el camino que resta por andar.

—Razón es esa que excusa todo discurso, dijo fray Lope, porque, si Dios quiere, negocio rematado; pero es el caso que, aun queriendolo, como ella no quiera, mala la hemos hecho. Doctrina es esta, bien se le acordará á vuestra Reverencia, de nuestro padre San Agustín.

—Así es la verdad, respondió el obispo de Burgos; pero advierta vuestra Reverencia, que yo doy por supuesto que la lucha que en estos momentos libran en el pecho de la princesa los susodichos afectos, ha de venir á dirimir la gracia.

—Amén, replicó fray Lope; pero hágalo pronto el cielo, que acaso, y sin acaso, sea para luego tarde.

—Y ¿por qué ese temor? preguntó la reina.

—Por ciento y un motivos, respondió fray Lope. De público se dice, añadió, entre los galanes, bien lo saben V. A. y sus Reverencias, que esa dama no pone malos ojos al príncipe Abulhasan y al Farfán Aceja; de público también se dice que, gustando de los dos, vacila hacia qué lado inclinarse. Pues figúrese V. A. que en el torneo de mañana dejara Abulhasan fuera de combate á su adversario. ¿Qué sucedería entonces? Vamos, no quiero pensarlo.

—Como nunca he dado crédito á esas hablillas; dijo el obispo de Burgos, no tengo para qué soltar la fantasía sobre lo que podría suceder de llegar el caso que vuestra Reverencia teme.

—Eso mismo me dice y me repite á toda hora el bueno de Jamelique, que nos oye, replicó fray Lope, y yo le he contestado que todo será muy cierto, pero que cuando el río suena, piedra ó agua lleva. Y ahora concluyo con una pregunta: la preocupación y ensimismamiento de la princesa ¿será por lo que se le antoja á su Reverencia ó por lo que le pasa con los amartelados galanes que le cuelgan las gentes? Allá veremos, si Dios nos dá vida, en la tarde de mañana.

Conturbados con este diálogo quedaron la reina doña María y el mirasa Jamelique, el cual, luego de retraído á su algorfa, hincado de rodillas ante una imagen de la Virgen, le pidió con abundantes lágrimas y sollozos no dejará de su mano á la princesa Zoraida, á quien muy más que á cosa del mundo quería.

---

## CAPÍTULO XX.

Del torneo que tuvo lugar en la villa de Arévalo entre moros y cristianos.

**E**N la mañana misma en que los farautes hacían por las plazas y cantones de la villa la divulgación del torneo, comenzó por orden del rey la fábrica del rencle, en la cual se dieron tal prisa y diligencia los operarios, que al caer de la tarde, víspera de la fiesta, habían dado de mano á la obra. De hasta quinientos pasos de largo por doscientos cincuenta de ancho, componíase de una doble valla, que dejaba franco un callejón para uso de los guardiás, escuderos y criados, adscritos al servicio de la liza, en cuyos cuatro ángulos se alzaban otros tantos cadahalsos toldados de ricos paños franceses, de los cuales los dos, que daban al Sur, se habían destinado, el de la derecha de la puerta de entrada para los jueces, reyes de armas, farautes, perseverantes, músicos y ministriles, y el de la iz-

quiera para los ancianos caballeros, curtidos en esta clase de ejercicios marciales. De los otros dos, que caían á la banda del Norte, el uno era para los regidores de la villa y mayores de sus gremios y el otro para los gentiles hombres Abencerrajes y tártaros. Otros dos cadahalsos muy mucho más suntuosos, en los cuales tenían sus asentamientos los reyes y la princesa Zoraida, ocupaban, frente el uno del otro, la parte central de la talanquera. De ellos, el de la izquierda, que era el de SS. AA., semejaba un tan bizarro alhizan que, con ser de lienzo y madera, de tal suerte y con tal propiedad se hallaba pintado, que no parecía sino que sus torres y muros, sus pretilos y almenas, en que ondeaba el pendón de Castilla, habían sido labrados con sillares de piedra. No menos que por de fuera era de alabar aquella fábrica por de dentro, pues, demás de la principal, que daba á la liza, tenía espaciosas y muy cómodas salas y cámaras, tan bien ordenadas y dispuestas, como pudieran estarlo las de una fortaleza verdadera. En la buharda, que se hacía sobre el ancho ajimez de la sala principal, se había colocado

una campana, de cuyo badajo colgaba un cordón de seda, que daba á las espaldas del asentamiento real, á fin de que S. A., llegada que fuere la hora de comenzar el torneo, mandara dar en ella los tres golpes que, según lo previamente acordado, habían de ser la señal de la acometida.

Aunque menor en amplitud al de los reyes, no le iba en zaga en lujo y magnificencia el cadahalso de la reina del torneo, vestido, como se hallaba, de seda azache de broca y tapizados de preciadísimas alfombras persas el suelo y las gradas por donde se ascendía al alto sitial de ébano con preciadísimos entalles, que cobijaba un dosel de lama de plata con alhaites de aljófares por flecos. Aunque no tan rozagantes y vistosos, eran mucho de notar los asentamientos de las damas tártaras. A derecha é izquierda de los cadahalsos de los reyes y de Zoraida, rematando en los situados en los ángulos del palenque, corrían dos espaciosas galerías toldadas, alta y baja, con banderas y gallardetes, la primera para las damas y caballeros de la corte y la segunda para los de la villa y foráneos.

Las barreras de las bandas del Sur y del Norte del palenque, en cuyos centros se abrían respectivamente sus dos puertas de entrada, se habían dispuesto de tal suerte que los populares pudiesen ver desde ellas la liza y atisbarla desde los altozanos del ejido.

Como obra de cuarenta pasos de la puerta del Sur se hallaban las tiendas del caballero Aceja y sus parcioneros, cerradas de una fuerte empalizada, y á igual distancia de la del Norte y del propio modo circuido, veíase el alfareque de Abulhasan y sus ajariques. Pendientes de cordones de seda parecíanse sobre las entradas de los pabellones de ambos caballeros sus respectivos escudos, sin más diferencia que, mientras el del príncipe granadino ostentaba en el suyo el mote de los reyes Alahmares, no se advertía en el del Farfán empresa ni blasón alguno.

Demás de estas se habían plantado otras dos tiendas, la una en el sitio en que estaban las del Farfán y la otra cerca del alfareque del hijo del rey Saád, para que posasen en ellas los oficiales, que pedía esta suerte de

fiestas, como armeros, herreros, carpinteros, lanceros, alfayates, alfajemes, físicos y otros de otras facciones.

Aun no había echado Dios sus luces, cuando el dilatado campo de los alijares se veía poblado de gente menuda, que de la villa y de los pueblos y alquerías comarcanas acudían en tropel á presenciar el torneo, hallándose ya ocupadas las barreras francas del Sur y del Norte del palenque por cerradas filas de hombres y de mujeres. Y aunque alguno que otro modorro, haciéndose el sordo á los improperios y denuestos de los asaltados ó aguantando en paciencia sus coces y pescozones, había logrado hacer brecha en ellas á fuerza de codos y aun, sudando la gota gorda, acomodar su persona en sitio preferente; resignado el resto de los desidiosos con su abatida fortuna, tomó el prudente partido de quedarse á la zaga, ocupar las alcudías y oteros circunvecinos, que dominaban el palenque, ó encaramarse á los robles y pinos de un bosque frontero, haciendo asentamiento de sus ramas y dosel de sus pimpollos. Solo los desmañados y modregos se quedaron sin tales cabalgadu-

ras, por que lo que es árboles, los había en abundancia por aquellos sitios. Numerosos vendedores ambulantes recorrían el campo en todas direcciones, pregonando á gollete herido sus mercancías, de las cuales hacía gran consumo la concurrencia por estar aun ayunos los que no habían tenido el acuerdo de hacer la zahora antes de dejar sus casas.

Éranse de ver, luego que fué de día claro, las innumerables cabezas que bullían en la vasta planicie de los alijares. Faltaría cuanto media hora á la de tercia, que era la en que debía principiar el torneo, cuando comenzó á desfilar por la puerta de Arévalo la comitiva regia, cuya cabeza la formaban una nutrida banda de trompetas, añafiles y atabales y hasta doce muy lindos pajecicos, ataviados con falsos petos y galatos de amarillo y rojo, birretes, gregüescos y galochas de los propios colores, ginetes en briosos ruanos. Tras ellos, y sobre poderosas alfanas, cabalgaban los jueces, farautes y persevantes del rey, el escribano, que había de dar fe de cuanto pasase en el torneo, y cantidad de músicos y ministriles. Á reo, y en filas paralelas de ocho en fondo

con su almocaden y alférez al frente, que llevaba en la mano izquierda el pendón de Castilla, marchaban á pie los ballesteros de maza, que habían de dar la guardia en el cadahalso real. Á continuación, y ocupando el centro del cortejo, se parecieron los reyes, la princesa Zoraida y el infante D. Enrique, vestidos con la pompa y majestad que pedían sus altas personas, seguidos de los grandes señores de la corte, de las damas castellanas y tártaras y de los mirasas Thermaxerín y Jamelique, todos ellos en traje de gala. Cerraban el cortejo cantidad de escuderos, un escuadrón de lanzas y una compañía de piqueros. Clamorosas albuérbolas y alborozada gritería resonaron por toda la extensión del ejido al divisar á SS. AA. y á la reina del torneo. Al penetrar en la liza los ínclitos monarcas castellanos sonaron regocijadamente las bandas de música castellana y las zambras de mudéjares y judíos y puesto de pie el numeroso concurso, que llenaba las galerías alta y baja, saludó á SS. AA. y á la reina del torneo con vivas atronadores, las damas, agitando en el aire sus mocaderos, y con la gorra en la mano

los gentiles hombres y caballeros, en cuya respetuosa actitud continuaron hasta que fueron ocupando los reyes su cadahalso y el suyo con su servidumbre la princesa Zoraida, la cual, á juzgar por la extremada palidez de su rostro, debía hallarse doliente.

Acomodados SS. AA. y Zoraida en sus respectivos asentamientos, recorrieron los jueces la tela, midiendo el campo, el viento y el sol y antes de subir al cadahalso, que les estaba deputado, proveyeron el palenque, para asegurar el campo por igual á los caballeros de uno y otro bando, de hasta cien ó más escuderos, piqueros y ballesteros, á los cuales dieron severísimas órdenes de no consentir desafueros ni demasías, ni en los asistentes ni en los justadores, de cualquier suerte y clase que se fueren.

Colocadas las guardias en sus puestos y en su cadahalso los jueces, reyes de armas, frautes y persevantes, se dió público pregón por Escamilla, heraldo mayor del rey, de los capítulos del torneo, dando fin á la grida con la acostumbrada prevención de que ninguno fuere osado, por accidente ó reves que acaecer

podiera á cualquiera de los justadores, de dar voces ó aviso, ni menear mano, ni hacer seña alguna, bajo apercibimiento de que, por hablar, le sería al contraventor cortada la lengua y cercenada la mano por hacer seña.

Hechas estas prevenciones, abrióse de par en par la puerta del Sur de la tela, que era la frontera á los pabellones que ocupaban el muy generoso, gentil y noble caballero Tristán Aceja y sus once parcioneros, todos ellos hijosdalgo sin reproche, los cuales en arneses de guerra muy febridos y sobre poderosos caballos, ricamente encubertados, con garbo y continente marcial, llevando á su mayor por cabecera, penetraron en el coso entre los aplausos de la multitud y la resonancia de las trompas, atabales y tamborinos.

Reconocidas sus armas por los jueces y dádoles palabra el Farfán en su nombre y en el de sus compañeros de no llevar consigo ensalmos ni amuletos, que pudieran torcer la suerte de las armas, dieron la vuelta á la tela y al llegar frontero del cadahalso, donde tenía su asentamiento la reina del torneo, desfilaron muy airosamente los unos tras los otros ha-

ciendo una profunda reverencia á la princesa tártara y poniendo las moharras de las lanzas al par del suelo. Estas muestras galanas de acatamiento y vasallaje las repitieron los bizarros caballeros delante del pabellón, donde estaban el rey y la reina, el Infante, el Condestable D. Álvaro de Luna y los nobles asistentes á la corte. Terminada que fué la ronda marcial, dispuso el Farfán su línea de batalla, esperando la entrada en el palenque del príncipe granadino y de sus ajariques, los cuales, franqueada que les fué la puerta del Norte, que era la que daba al lugar en que estaba asentado el alfarque de Abulhasan, penetraron en la tela al son de los añafiles, ajabebas, albogues y atabales de la zambra de los mudéjares de la villa, situada en el cadahalso, que ocupaban por aquella banda los caballeros Abencerrajes y tártaros.

El aire marcial del príncipe granadino y de los suyos solo era comparable al del caballero Aceja y sus parcioneros. Parejos en apostura y gentileza; éranlo también en las otras virtudes guerreras; pues todos ellos, los unos y los otros, tenían dadas pruebas de ser gran-

des caballeros de la brida y muy diestros en el manejo de la espada y de la lanza.

Venían los Abencerrajes montados á la jineta sobre briosos alazanes, hermosamente arreados, como que todo el jaez, encaladas, estribos y espuelas eran de finísimo oro. Hasta las vainas de sus alfanjes, enforradas en terciopelo carmesí, llevaban abrazaderas de aquel preciado metal y en ellas pequeñas inscripciones alcoránicas entre vistosos lazos y ajaracas de esmalte. Como después se supo, estos espléndidos arreos les fueron dados por los mudéjares de la villa que, celosos del lustre y prez de sus cohermanos, no habían perdonado sacrificio porque hiciesen ventaja á los caballeros cristianos. Pero donde aquella gente echó el resto fué en el príncipe Abulhasan, cuya silla de montar, labrada de hilo de oro tirado á martillo, llevaba en el arzón delantero un rico joyel, en que había un gran balaje y tres gruesas esmeraldas, y en el zagüero cantidad de perlas, jacintos y zafiros. Su alfanje, cuyo arriaz terminaba en dos cabezas esmaltadas de alfil, hallábase incrustado de piedras preciosas de diferentes colo-

res y su almete, cuya celada se componía de lacerías grabadas y plateadas, remataba en una granada abierta, cuyos granos eran claros y finos rubíes, á diferencia de las llevadas por sus ajariques, los Abencerrajes, que eran de simples granates.

Á la entrada en la tela del hijo del rey Saád repitiéronse las demostraciones de júbilo y alborozo que al parecer el Farfán Aceja; como á éste y á sus parcioneros les fueron reconocidas por los jueces las armas á los moros, y encontradas de buena ley, luego de prestar juramento de no llevar nóminas ni amuletos consigo, dieron un paseo en torno de la plaza, haciendo la reverencia ante el trono de la princesa con sendas zalemas y al bajar los pendoncillos de sus lanzas hincaron de hinojos á los corceles en el suelo, destreza que les valió los nutridos aplausos de la multitud con enojo acaso del Farfán y de sus caballeros.

Rematado el paseo marcial, ordenó Abulhasan su escuadra frente por frente de la de Tristán Aceja y, apercebidos de poner las lanzas en los rístrés, esperaron los unos y los

otros la señal de la embestida. En estos momentos supremos era diverso el estado de ánimo de los espectadores. La princesa Zoraida, lívido el rostro y presa de mortal angustia, fijos los ojos en el suelo, cruzadas las manos y en actitud suplicante, elevaba su corazón á Dios para que no acaeciera mal á ninguno de aquellos nobles caballeros, los cuales, por hacerle contento y merced, no reparaban en exponer sus vidas. No otro sentimiento traía conturbado el semblante de su ayo y ministro, el afable y humano Jame-lique. En cambio Thermaxerin, cuyo pecho era un hervidero de odios, vinculaba en aquel fiero trance el remate y fin de sus rabiosos celos de morir en él Abulhasan y el Farfán Aceja ó su acabamiento y ruina de salir vencedor cualquiera de aquellos caballeros. De haber estado en su mano, hubiera dejado en un punto sin vida á ambas cuadrillas de guerreros, cristianos y moros; pero su incontrastable poder sobre los esclavos, animales y cosas inanimadas, no alcanzaba á los seres horros de servidumbre. Con todo, y para hacer más sangriento el combate y más terri-

bles sus estragos, iba aparejado de la retahíla de sortilegios y conjuros, que había aprendido en sus condenados libros de magia ó le habían sido sugeridos por su espíritu familiar, que, como se verá más adelante, era un diablo asaz agudo y ladino. Coopartícipe de sus odios la perversa Cholpamalaga, hiena disfrazada con las dulces lanas de la oveja, no quitaba los ojos de Thermaxerin, expiando sus movimientos.

De las disposiciones del rey y de la reina, del infante D. Enrique y de los nobles no hay que decir, sino que, avezados á aquellos sangrientos espectáculos, los encontraban muy puestos en razón y hasta muy provechosos y útiles para cuantos, profesando la orden de la caballería, daban tan gentiles empleos á su denuedo y valor, sin otro objeto ni mira que los de enaltecer su nombre, acrecentar su fama y hacer público alarde de su amartelamiento y amor á las damas.

En cuanto al común de los espectadores, eran tan de su paladar y gusto aquellos espectáculos, por lo que tenían de sanguinarios y crueles, que, posponiendo la habilidad y

destreza de los justadores á los horrores y estragos del combate, juzgaban de la bondad de la fiesta por el número de caballeros y caballos heridos, maltrechos ó muertos.

Formando raro contraste con el sentir de nobles y plebeyos, muchas personas, y á su cabeza la clerecía, no se mordían la lengua para anatematizar, á pesar de su divisa «Dios y la dama», á aquellos cruentos espectáculos, al que los había inventado y hasta á su legislador el rey René, considerándolos como forma nueva y aborrecible de las luchas del circo, escarnio de la moral, afrenta de la religión y menosprecio de Cristo y de su Iglesia Santísima. En sus ojos aquellas prendas distintivas del caballero, á saber, la susceptibilidad del punto de honor y la verdad considerada como religión, no eran más que disfraces de la soberbia humana y expedientes de la fuerza bruta, de cuyas garras salía crucificado casi siempre lo mismo que se pretendía defender.

Aproximábase en esto el momento del combate; damas y dueñas, caballeros y villanos, suspendido el ánimo y con los ojos en el

reloj de sol, prorrumpieron en una atronadora exclamación al reparar que la sombra estaba á canto de marcar la hora. Con efecto, momentos después, y á una señal del rey, se oyeron, acompasados y solemnes, los sonoros golpes de la campana y al terminar el último las voces altisonantes de los jueces que, colocados en la baranda de su cadahalso, gritaron por tres veces arreo. *¡Laissez-les aller, laissez-les aller, laissez-les aller!*

Al oír el último apercebimiento, dando de espuelas á sus fogosos corceles, dejáronse ir ambas á dos escuadras á todo correr, las lanzas enristradas, la una contra la otra, la de los Abencerrajes clamoreando sus lelilies, como es costumbre de moros, cuando entran en batalla, y la de los cristianos gritando: ¡Santiago y cierra España!

Dos montañas de granito que al chocar la una con la otra se hicieran menudas piezas, no hubieran producido más fragoroso estruendo, que el furioso encuentro de moros y cristianos. Estremecióse la tierra y, desgarrado su seno por los herrados cascos de los caballos, levantóse del centro de la liza tan densa

polvareda, que no parecía sino que el ángel de la muerte había rebozado en su negro sudario á los revueltos campeones.

Por una buena pieza no fué dado á los espectadores vislumbrar lo que pasaba en la liza. Y sin embargo, los relinchos de los caballos, enardecidos por la refriega, el crugir de las lanzas al romperse en las adargas y los escudos, el continuo golpeo de las espadas sobre las armaduras, los gritos de los combatientes, los lamentos de los heridos y los ayes de los moribundos, informes y confusos, barajados y revueltos con el redoble de los tamborinos y atabales, el agudo y dilacerante son de los desacordados albogues, añfiles y trompetas y el incesante clamoreo de los reyes de armas, farautes y persevantes, jaleando y azuzando á los justadores, presagiaban larga cosecha de reveses y desastres.

¡Sus, sus, valientes caballeros, gritaba desgañitándose el uno, amartelados siervos de amor, espuma y nata de cristianos y de moros, que las hermosas os miran! ¿Qué importa la vida en parangón de la honra?

¡Ánimo, ánimo, bizarros adalides!, exclama-

ba el otro con voz atronadora, rojo el rostro como una guinda, echando el cuerpo fuera de la baranda. Derramad los ojos por esa almáciga de preciadísimas flores, que embellecen las galerías; reparad en esas apuestas damas, dechados de hermosura y de gracia y diréis todos á una: ¿No es esta la antesala de la gloria? ¡Por Dios bendito, que no parece, al verlas, sino que los ángeles del cielo les han prestado sus encantos!

La ligera brisa, que se levantó en aquel instante, desvaneciendo la cerrada nube de polvo, que había ocultado hasta allí á los combatientes, dejó al descubierto la liza. ¡Qué horror! ¡Hasta los corazones más empedernidos se sintieron tocados de lástima! Caballos muertos ó heridos; disparados otros vertiginosamente con la montura en las cinchas por la vasta extensión del palenque ó arrastrando por la arena al jinete, que tuvo al caer la desgracia de engargantársele el estribo; aquí un caballero dando las boqueadas, allí otro á quien la aguda moharra de una lanza, entrándole por los resquicios de la visera, se le había hospedado en los sesos; acullá otro, oprimido por la pe-

sadumbre del corcel que montaba; al caer ambos en el suelo; quien herido en la garganta á través de la babera, quien en el muslo ó en la pierna por entre las junturas del quirote ó de las grevas, quien finalmente en la mano, en el brazo ó antebrazo. Astillas de lanzas, espadas y alfanjes desguarnecidos ó rotos, escudos y adargas hechos pedazos, cimeras, garzotas, yelmos y otras piezas de la armadura veíanse esparcidos por el suelo en medio de charcos de sangre. En resolución, de los veinticuatro caballeros, flor de la hermosura y bizarría de ambas Castillas y de Granada, veinte habían quedado fuera de combate, de ellos tres muertos y el resto más ó menos malamente herido. En el ángulo Sur del palenque seguían batiéndose á pie el alférez del escuadrón del príncipe de Granada y un hijo de Pero Carrillo, de la cuadrilla del Farfán; pero, extenuados uno y otro de cansancio, no tardaron en caer desplomados en la arena. ¡Nunca jamás en la vida habían visto los nacidos en tiempo tan breve, y siendo tan corto el número de torneadores, estrago semejante! Cierto que, en cuanto se había podido atisbar

al través de la cerrazón de polvo, el príncipe de Granada y el Farfán Aceja, arremetiendo briosos por las respectivas escuadras enemigas, habían dado señaladas pruebas del empuje é irresistible fuerza de su brazo, haciendo sufrir grandes reveses á los mejores caballeros; pero no lo era menos que ninguno de los justadores, moros y cristianos, llegó jamás á explicarse, como, sin recibir golpe de espada ó lanza, habían saltado al suelo en pedazos las piezas de sus armaduras, las cuales, siendo, como eran, de finísimo y bien templado acero, parecían forjadas de alfeñique ó de vidrio quebradizo.

No hay que decir que aquella escena de dolor produjo sendos soponcios y vitangos en las damas, á quienes servían los caballeros muertos ó maltrechos, copiosos raudales de lágrimas y muchas penas y sentimientos.

De haberlas interrogado en aquella hora de desolación y de quebranto, todas á una hubieran renegado de aquellos espectáculos. Pero ¡oh volubilidad humana! ¡Oh endeblez y flaqueza de memoria, que olvidas lo que te duele para renovar lo que te agrada! Pasarán

días, vendrán nuevos cortejos á reemplazar á los muertos y con ellos nuevas fiestas y galanteos y consoladas las damas doloridas, trocarán luego sus tocas de duelo por espléndidos atavíos.

Retirados los muertos, conducidos los heridos á sus respectivos pabellones y limpio el palenque de estorbos, solo quedaron en él de las lucidas cuadrillas sus respectivos mayores, el príncipe Abulhasan y el Farfán Aceja. Cubiertos de polvo sus armaduras y los paramentos de sus caballos, hallábanse frente el uno del otro en el centro de la liza á no más distancia de seis lanzas con las suyas en el ristre. El escudo de los Alahmares con banda diagonal en campo rojo y las letras arábigas en ella, que decían: «*Gua le gálíb ile Allah*», que suenan en romance: «Solo Dios es vencedor», que embrazaba uno de los guerreros, y la granada con granos de rubíes en que remataba su capacete, denunciábanlo por el príncipe Abulhasan, así como la ausencia en su rodela de toda empresa ó divisa declaraba ser el otro campeón el Farfán Aceja. No habían con todo menester ambos á dos

caballeros de aquellas señales exteriores para saber cada cual de ellos con quien se las había. Si en aquel supremo instante se hubieran alzado las viseras, hubiérase visto en sus ojos, enrojecidos por el odio, el furor que hervía en sus pechos. No era ya el blanco de su codicia la corona de laurel y el anillo místico, premio del vencedor, ni aun la posesión de la hermosa princesa tártara; lo que traía en brasas su coraje, era la necesidad de acabar el uno con el otro.

Y como si en ellos se hubiera enjendra-  
do á la par el mismo pensamiento, cieron á  
la vez sus caballos, y luego que cada cual  
hubo retrocedido obra de veinte pasos, sin  
aguardar la orden de acometida, partieron á  
todo correr, como desatados vendabales, al  
encuentro el uno del otro en medio de la an-  
siedad y anhelo de los espectadores, á tiempo  
que las zambras y ministriles hacían resonar  
con más fuerza sus instrumentos y uno de los  
reyes de armas á voz en cuello decía: «¡Loor  
á los caballeros, gloria á los magnánimos, ho-  
nor á los valientes! ¡El premio aguarda al ven-  
cedor! ¡Sus, sus, mirad á la sin par Zoraida,

miradla resplandeciente entre las damas, como la luna llena entre las estrellas!

Zoraida que, desde que ocupó el alto sitio, cerrados los ojos, cruzadas las manos sobre el pecho y puesto el pensamientos en Dios, había procurado abstraerse de cuanto la rodeaba, al oirse llamar clara y distintamente por su nombre, volvió de su arrobamiento, de la suerte que torna en sí el embargado por un profundo sueño, y derramando sus asombrados ojos por uno y otro lado de su asentamiento, los convirtió al fin á la tela. Despedado en aquél punto su espíritu y recobrados sus sentidos y potencias, recordó la princesa tártara que era la reina del torneo.

Aunque durante la *mélée* los labios de Thermaxerin no habían tenido momento de reposo, pronunciando conjuro tras conjuro, y aunque, por los estragos causados en los justadores y sus cabalgaduras, no le cabía duda sobre su bondad y eficacia, había guardado en reserva los más capitales, por si escapaban ilesos del primer encuentro, contra aquellos dos caballeros, blanco principal de su inquina y aborrecimiento.

El don diabólico de reventar con un guiño á los brutos animales, que poseía aquel aborto del infierno, resolvió ponerlo por obra, y clavando en el caballo de Abulhasan su aviesa y torva mirada, lo hizo con tal fuerza y poderío, que á mitad de su carrera llevaba ya el pobre animal abierto en canal el vientre, como si lo hubiera sido por la afilada navaja de un alfajeme.

Este suceso peregrino, cuyo misterio solo acertó á descifrar D. Enrique de Aragón, grandemente leído en las artes y procedimientos mágicos, pasó sin explicación para el resto de los espectadores, los cuales, viendo desplomarse al generoso animal, dieron por perdido al príncipe de Granada, y cierto lo hubiera sido si, al notar el rendimiento de su caballo, no hubiera arrojado la lanza contra su adversario, que se le venía encima, para contener el ímpetu de su arremetida. É hizo lo con tal fortuna, que, botando en el escudo del Farfán, fué á caer el asta á los pies del caballo que montaba, el cual, trabucando en ella, dió de bruces en tierra, rota la pierna derecha.

Óyese en aquel punto, como hacia la parte

del cadahalso, que ocupaban los Abencerrajes, una voz chillona que en arábigo decía: ¡ya Muley, tuyo es, métele mano! Divertida en el combate la atención de los guardas del palenque, aunque llegó el clamor á sus oídos, no pudieron descubrir al autor del desafuero, que no era otro que Mesrúr.

Pero el aviso del bufón nada aprovechó á su amo, pues, sacando rápidamente el Farfán los pies de los estribos, saltó á la arena y desenvainando la espada, lanzóse intrépido y resuelto sobre el hijo del rey Saád, que, firme como un roble, lo esperó con el alfanje en guardia. La lucha entre ambos caballeros fué larga y porfiada. Sucediáanse los tajos y mandobles con rapidez vertiginosa; las espadas, más que espadas, parecían por la cantidad de sus mellas, herramientas de aserrador; las bien templadas armaduras semejabán pedernales batidos por eslabones; tales y tan copiosos eran los chorros de chispas que despedían, heridas por los aceros. Cada gran cuchillada, cada gran golpe de habilidad ó destreza de los contendientes eran con alborozo celebrados por los músicos y ministriles, los reyes de armas y

farautes, que no cesaban de estimularlos y enardecerlos con su gritería.

Exasperado Abulhasan de la resistencia de su enemigo, rifado de soberbia el seso é impaciente de poner fin al combate, sin curarse de resguardar la cabeza, dió tan fiero revés en la babera del Farfán, que, á no ser de las finas de Toledo, le hubiera cercenado el cuello. El arrojo del despechado príncipe moro estuvo á canto de costarle la vida, pues viéndole descubierto, le descargó el Farfán tan tremendo espadazo sobre la calva del almete, que, si como le dió de plano, acierta á darle de filo, le hiende en dos cascos el cráneo. Con todo, la conmoción cerebral debió ser grande, pues arrojando abundante sangre por las narices, todos le hubieran dado por muerto, si vuelto instantáneamente del aturdimiento y haciendo un supremo esfuerzo, no hubiera redoblado con nuevos bríos el ataque contra su adversario, á tiempo que los jueces y reyes de armas, teniéndole por malamente herido, corrían apresuradamente á catarlo.

Fácil es de preveer el fin que hubiera tenido el combate, si un grito desgarrador de

Zoraida, que cayó exánime sobre el respaldo de su trono, y las reiteradas instancias de la reina D.<sup>a</sup> María y del Infante no hubieran advertido á la remisa y negligente condición del rey, que ya era hora de ponerle término. Arrojó, pues, Su Alteza el bastón á la liza y acercándose los jueces á los combatientes departieron al uno del otro.

¡Ah, se dijo Thermaxerin, cuando oyó el agudo grito de la princesa al ver bañado en sangre á Abulhasan, ya sé yo cual de estos dos caballeros es el preferido de Zoraida!

Lleváronse los Abencerrajes al alfareme al príncipe Abulhasan, el cual, á penas pisó sus zaguanes, cayó sin sentido en brazos del alguacil Abenamar.

---

## CAPÍTULO XXI.

De la plática que tuvo al Farfán su escudero Juan Fortún.

**Q**UANDO el rey, que le quitaba el triunfo del torneo, y echando fuego por los ojos, retiróse el Farfán á su tienda, sin querer ver ni hablar á nadie, acompañado de su viejo escudero Juan Fortún, que, con el estómago en la boca, había estado observando los últimos lances del combate. Experto en esta suerte de lides, tan frecuentes en aquel tiempo, y conocedor del esfuerzo y valor de su amo, en su parecer, de haber continuado momentos más el duelo, el vencimiento del príncipe de Granada era cosa hecha. Tal fué también, como después se supo, el de los caballeros ancianos, jueces, reyes de armas y farautes. Hasta los populares sacaron unas cantigas, rimas y dictados en loor del Farfán, menoscabo y deshonra del príncipe granadino, que tuvo que prohibir el

Regimiento de la villa para ahorrar mortificaciones á su ilustre huésped y á sus ajariques. Con todo, como no había llegado el caso de dar sentencia, quedó el combate hecho tablas, sin vencedores ni vencidos. Pero no era tanto lo que mortificaba al Farfán este tuerto, que le privaba de los honores adjudicados al triunfador, cuales eran, según las leyes de la caballería, el de dar un beso en la frente á la dama más varil de la asamblea, el de ir aderezado en paños de escarlata al festín, que tenía lugar después del torneo, y el de ser celebradas sus proezas por los vates cortesanos, como aquel agudo grito de dolor lanzado por la princesa al ver la sangre de Abulhasan. Tan clavado lo traía en el alma que, creyendo ser el príncipe de Granada el único obstáculo de su anhelada ventura, resolvió en un raptó de furor salirse de su tienda y entrarse por la del hijo del rey Saád para acabar con su vida. Y, cierto, lo hubiera hecho, á no haberle atajado el paso su fiel y prudentísimo escudero, el cual, viéndole por tan extremo airado, en vez de atizar el fuego que lo consumía, como lo hacen en tales ca-

sos los que diciéndose amigos, solo lo son de nombre, le tuvo tan convincente discurso, que logró al cabo aplacar la exaltacion de su ánimo, mostrándole ser aquellos sus recelos puras cabilaciones de su acalorada fantasía.

—¡Oh y que dulce es la amistad, exclamó el Farfán, rendido al fin á las razones de su escudero, cuando tiene por templo el corazón de los buenos! Arrastrado por la ira á pique he estado de cometer una infamia. Mas quedándole aun un resto de duda, añadió: ¿Pero crees tú, por ventura, que de ser la sangre mía hubiera dado aquel grito la princesa?

—Á no dudar, respondió el escudero, y de no haber estado absorta y como encerrada en sí misma durante la *mélée*, á penas comenza da su clamor y desmayo le hubieran puesto término. ¿No observaste la palidez mortal de su rostro, pasmado por el terror, al tomar asiento en su trono, aquel su cruzamiento de manos y aquellos sus bellos ojos tenazmente fijos en tierra, como si no quisiera ver nada de lo que en la tela pasaba?

—Acaso el amor, que me tienes, te hace hablar de esta suerte, replicó el Farfán. De

atrás vengo observando que no hay cosa, que pueda causarme enojo, á que no le halles disculpa. En cambio, no hay acción mía, por mínima que sea, que no merezca tu alabanza.

—Ni el amor me quita el conocimiento, respondió Juan Fortún, ni todos los actos tuyos han merecido mis loores. Curando no desvanecerte, más te he enaltecido yo de detras, que te he realzado de delante. De ordinario acaece que quien alaba en las barbas, en la ausencia vitupera. Nunca fies de esos tales, que son como copa emponzoñada con miel en los bordes. Quiere tu por amigo al que de cuerpo presente te diga las verdades. ¡Cuántas veces, acuérdate bien, te las he dicho yo con solicitud de padre! ¡Cuántas he reprendido esa tu ambición desatada que, deslustrando tus partes, es madre del desasosiego y regomello que te trae fuera de tino! El *est modus in rebus* y el *caveas ne quid nimis* del vate latino, que recomendaba á diario á sus discípulos mi maestro de gramática, regla fué siempre de moderación y cordura. Digna de loa es la hidalga ambición de medro; pero si el seso no la gobierna, comezón es y ruina del alma.

Repara en los bajeles, que navegan por la mar, cuan airosos y gentiles surcan sus aguas en tiempo de bonanza; pero advierte también que, si el rigor de los vientos las infla y sobreviene la fortuna, se van míseros á pique. Pon en buen hora lo que esté de tu parte para lograr tus honestos deseos, que no entra el manjar en la boca, si no lo llevamos á ella; pero si dispusiera el Señor que la gran princesa tártara no te elija por esposo, no te amilane el fracaso ni dé al traste con tu calma, que señal será evidente de que no te conviene.

Oyendo estaba el Farfán estos sesudos consejos, cuando llegó á la puerta de la tienda, montado á caballo y con otro del diestro, el doncel Alvar Yañez para llevarlo á su casa. Antes, empero, de marcharse, seguido de su escudero, recorrió el caballero Aceja uno por uno los pabellones, en que se hallaban heridos ó maltrechos sus amigos, para saber de su estado, ofrecerles su asistencia y proveerles de cuanto menester hubieren.

---

## CAPÍTULO XXII.

De cómo y por qué resolvió el rey D. Juan dar una batida en el Bosque de los Mengues.

AUNQUE todo estaba dispuesto para celebrar el triunfo del venturoso caballero que saliera vencedor en el torneo, ni aquel día hubo convite, ni hicieron los reyes sala, como solían. Tan grande era el duelo por las desgracias habidas en la liza, no siendo la última en sentirlas la princesa Zoraida, á quien los físicos recomendaron el lecho por haber notado en ella algún acceso de fiebre.

La primera diligencia del rey, luego que tornó al alcázar, fué mandar al Infante á las posadas del príncipe Abulhasan y de los caballeros heridos de uno y otro bando y ordenar á los físicos de su casa cuidasen de su asistencia y le diesen parte diario de su estado.

Pasados tres días envió S. A. á todos los

justadores ropas rozagantes de rico brocado carmesí, enforradas en raposos ferreros, y muy hermosos y grandes caballos de la brida y de la jineta á los que habían perdido los suyos. Otrosí: al príncipe de Granada y al Farfán Aceja hízoles presente de unos ricos collares de oro engastados en zomordas y zafiros, que no montaría menos cada uno de mil doblas zahenes, amén de un jazaran dorado al primero y al segundo una suerte de armilla ó sobrevesta faldada de tisú de plata, exhornada en las caderas del cíngulo militar caballeresco con recamos de finísimo oro, preciadísima prenda de su propio uso, que por gratitud al donante llevó el noble caballero desde aquel día. Díjose que estas alhaidias las hizo el rey de buen talante, no solo por galardonar el valor de aquellos gentiles hombres, sino por mostrarse liberal y magnífico con la princesa tártara, de la cual no se le iba el pensamiento, esperanzado de casarla con su hijo. El infeliz padre, que se forjaba la ilusión de que Zoraida aceptaría su mano, no se había convencido aún que el Infante era refractario al matrimonio.

Los encarecimientos, que no cesaba el rey de hacerle con ocasión y sin ella de aquel ventajoso enlace, habían corrido hasta allí la misma suerte que las amorosas instancias de su madre y el ahincamiento y afán de uno y otro por retraerle de su vida montaraz y agreste, pues no pasaba día sin que sus antojos y extravagancias les dieran nuevos motivos de penas. Pocos eran los transcurridos desde la celebración del torneo, cuando visiblemente alterado se presentó una mañana al rey su montero mayor haciéndole saber como, al ir á dar de comer á los leones, se habían encontrado desiertas las jaulas. Persuadido S. A. de ser aquella hazaña, como era la verdad, obra de su hijo, montando en ira, fué su primera providencia mandar al Condestable lo redujera á prisión; pero los ruegos de la reina y las razones de su privado le hicieron desistir.

Transcurrieron en esto tres días, al cabo de los cuales vinieron nuevas á la corte de cómo del Bosque de los Mengues, distante no más de una legua de la villa, salían de noche á los caminos dos fieras espantables, las cuales, hacien-

do presa en los ganados y traginantes, traían consternada á la comarca. Y aunque en aquel bosque sombrío se albergaba abundante salvajina, criada ó llevada allí por industria del Infante, que había hecho labrar en lo más abrupto de su espesura un soberbio alcázar, los rugidos que distintamente oían durante la noche los rabadanes y rabíes y las gentes que habitaban las alquerías y cortijos cercanos, no dejaban lugar á duda de ser los causantes de aquellos destrozos los leones de Zoraida. Con este convencimiento acordó el rey convocar el Consejo, y reunidos sus miembros, como les consultara sobre el partido que convenía tomar con el Infante, verdadero y único causante de los estragos y muertes, que todos lamentaban, ciertos de la mansedumbre y debilidad de S. A. y del mucho amor que á su hijo tenía, se limitaron á decirle que, haciendo rostro de no sospechar nada ni de nadie, para no concitar contra él la animadversión de las gentes, hiciese saber á los habitantes de la villa y alquerías de su término, que anduviesen apercebidos contra las acometidas de los leones, los cuales, ha-

biendo violentado los hierros de sus jaulas, se habían salido al campo y refugiádose en el Bosque de los Mengues. Finalmente, acordaron los consejeros que se ofrecieran largas recompensas á los que lograsen dar caza á las fieras.

Divulgado este acuerdo por público pregón; penetrado el rey de la necesidad urgente de extirpar aquella madriguera de animales dañinos y deseoso á la vez de esparcir el ánimo de la princesa con nuevos solaces y recreos, resolvió dar con sus monteros una gran batida en el bosque, encargando al Condestable que invitara al príncipe Abulhasan y á sus amigos y al Farfán Aceja y los suyos y que, sin dar de mano, dispusiera cuanto fuese menester para que la corte se trasladase al alcázar, que tenía el Infante en aquel sitio agreste, la siguiente mañana.



## CAPÍTULO XXIII.

En donde se describen el Alcázar del Gallo y el Bosque de los Mengues y se dá cuenta de lo acaecido en el primer día de caza.

**C**UMPLIDAS puntualmente estas órdenes por D. Álvaro de Luna, salieron los reyes, el infante D. Enrique y la princesa Zoraida de la villa de Arévalo al despuntar el día, precedidos de hasta trescientos monteros vestidos de amarillo y rojo, de ellos los unos con bocinas al cuello y venablos en las manos, con lebreles y sabuesos de trailla los otros y algunos con jaurías de perros alanos. Á la zaga del real cortejo iban cincuenta halconeros con cantidad de neblis, sacres, baharis, bornís, gerifaltes, alcotanes y alfanques havaneros y garceros y razonado golpe de hombres de armas, ballesteros, lanceros y piqueros.

Formaban parte de la comitiva las damas de Zoraida y el mirasa Thermaxerin, pues, con

la venia de la princesa, su ayo Jamelique había partido la víspera para Medina del Campo á visitar á sus deudos.

Al cabo de dos horas de marcha llegaron los reyes al Alcázar del Gallo, llamado así, porque la veleta, en que remataba su más alta torre, semejaba la figura de aquel ave, la cual tenía por entrañas un tan singular y peregrino artificio, que, batiendo las alas y enderezando el cuello y la cresta, abría el pico y daba la hora con agudo quiquiriquí tres veces al día: al salir del sol, al llegar á su zenit y al ocultarse. Decíase entre el vulgo de la gentes, que aquel misterioso mecanismo había sido obra de las brujerías de D. Enrique de Aragón; pero, á lo que referían personas sabidoras, el susodicho gallo era ni más ni menos que una *almagana*, regalo de un Soldán de Egipto á un Califa de Córdoba y que, sin saber como ni por donde, vino á parar á manos de uno de los Farfanés, que había estado al servicio de los emperadores de Marruecos, el cual, pagado de las mercedes que el rey D. Juan I le hizo, le donó en muestra de gratitud tan preciadísima alhaja.

Era el Alcázar del Gallo un edificio suntuoso de estilo moderno, en cuya fábrica, á pesar de la penuria del tesoro y solo por dar contento al infante D. Enrique, se había gastado el rey sumas inmensas.

Situado sobre una alcudiva, vestida de menudo cespced y poblada de árboles frutales, en cuyo espeso ramaje tenían su albergue innumerables pajarillos de variado canto y plumaje, componíase su fábrica de tres cuerpos de alzada de muy vistosa y gentil sillería con alero saliente el último, esbeltas torrecillas, ajimeces, finiestras y espaciosas puertas de entrada; la principal de ellas, que era la del centro, para uso de las regias personas y las de los costados para el de su servidumbre. Rodeaba la alcudiva una ancha y profunda cava, enchida constantemente de agua, sobre la cual, frente por frente de la entrada principal del alcázar, se hacía un puente levadizo, tendido durante el día y alzado, apenas asomaba el crepúsculo vespertino, para que la salvajina no pudiera penetrar en él durante la noche. Rodeaban la parte exterior del foso dilatados arriates y jardines, embellecidos

por sonoras cascadas y cintas de bruñida plata, que otra cosa no parecían los cristalinos y mansos arroyuelos que, orlados de juncos y espadañas, en toda dirección corrían. Ocupaba el centro de estos verjeles una muy hermosa fuente de mármol de colores, compuesta de tres partes, de las cuales la primera, que era la mayor, estaba sostenida por seis ninfas desnudas. Constaba la segunda, que la seguía en proporción y tamaño, de una taza volada, que tenía por sustentáculo el capitel de una columna retorcida. Finalmente, la tercera y más chica de las tres remataba en la figurilla de un perro sentado, que arrojaba líquidos cristales por la boca.

Formaba el mar de la fuente, por el que discurrían multitud de pececillos de brillantes colores, un exágono de jaspe, en cuyas caras se veían muy primorosamente labradas sendas cabezas de león, de cuyas fauces salían clarísimos chorros de agua. Hacia el Sur de la fuente, producido por sus abundantes derrámenes, parecía un extenso remanso poblado de ánades, gansos, patos y cisnes.

Descansado que hubo la corte breves mo-

mentos, pasaron los reyes y sus huéspedes al palacio, y luego de terminado el almuerzo se dió comienzo á la partida de caza. Habíala de cetrería en aquellos andurriales muy abundante y variada: abutardas, perdices y sisones, vítores y garzas, ánades, gruas y flamencos, autillos, buhos y lechuzas, pavones y faisanes, ansares y ansarones, quebrantahuesos, cuervos carniceros y averramias. De la caza mayor no se diga: amén de los leones, causa de la batida, eran sin número las piezas de toda laya, que albergaban aquellos breñales: osos y lobos, adíves y jabalíes, algacelas y cabras monteses, ciervos y venados, antas y búfalos, damas y enodios. ¡Las ardas, lebratos y conejos eran tan sin número, que en días del mundo se hubieran podido apurar! Hasta los aficionados á la pesca tenían allí en que dar contento á su gusto: desde las preciadas truchas de Alberche y las sabrosas anguilas del Bidasoa hasta las licas y las tencas, el pez mular y la corvina, la lamprea, el sobrayo, la salpa y el jurel, el albur, el almir y la japuta, de todo, según su especie y respectivamente, se encontraba en

las cascadas y remansos del caudaloso río, que atravesaba serpenteando el bosque, en sus grandes lagos y en las profundas albercas y artificiales albuferas, enchidas por industria del Infante de agua del mar, renovada periódicamente con la que traían en grandes odres y zaques muchas recuas de mulos y carretas tiradas por bueyes.

No estaban horros estos comportes de graves riesgos y tropiezos, porque, demás de la jara, que cubría el bosque, era tan enmarañado y denso el arbolado en buena parte de él, que corrían peligro de perder la vida aquellos de entre los cazadores que más arriscados ó resueltos, con la codicia de cobrar las piezas heridas, se aventuraban bravamente por la intrincada maleza, sin reparar que bajo de ella se ocultaban á veces muy malos pasos y tremedales, alfoces y almarjales, amén de profundas simas y barrancos. Es de notar, que el Bosque de los Mengues se dilataba tanto á todo viento, que no había uno, de entre los naturales de la tierra, que lo hubiera recorrido todo.

Contribuían grandemente á esto los cuen-

tos y consejas que corrían entre el vulgo. Quien, explicando el origen del nombre que llevaba el bosque, decía llamarse de los Mengues por estar poblado de una suerte de seres tamaños como del codo á la mano y de formas tan sutiles é impalpables, que solo era dado verlos en los plenilunios, cuando á la media noche, hora de su asueto y recreo, salían de sus antros y escondrijos. Quien aseguraba que, con efecto, se aparecían en la parte más arredrada del bosque fantasmas y vestiglos, habitantes en las ruinas de un cenobio, que, según tradición de los ancianos de la tierra, hubo en aquellos lugares agrestes en tiempos remotos. Quien, finalmente, riyéndose de tales invenciones, se limitaba á afirmar que lo único que de cierto se sabía, era que, reinando en Castilla el rey D. Fernando el Santo, vinieron de Alemania á Santiago de Compostela unos romeros, y que á su regreso de Galicia se establecieron en aquel sitio para hacer vida penitente, sirviéndoles de morada un vetusto castillo de tiempo de moros, que luego reedificaron al estilo de su tierra. Y aunque este último relato parecía ser de fácil comproba-

ción, era el caso que nadie se había tomado tal trabajo, pues si bien en varias ocasiones cazadores ardides lo habían intentado, el natural temor de que les cogiera la noche en aquellas soledades, erizadas de malezas y pobladas de fieras, había sido parte para retraerlos.

Contaban, sin embargo, los viejos de Arévalo que, allá en sus mocedades, oyeron decir á unos aldranes que, encaramados un día en un alto pino, vieron distintamente en lontananza, como al levante del bosque, descollando sobre las copas de un espeso robledal, la cúpula de una torre. Pero de esto y de otras muchas cosas más, que referían los populares, Dios sabía lo cierto. La mayoría tenía lo por pura patraña.

En este primer día de caza, que duró hasta las puestas del sol, cobraron los monteros muchas piezas menores, no más lejos que en las inmediaciones del alcázar, pues, á partir de su cava, todo era campo abierto, incluso sus arriates y jardines, los cuales, por no tener otra defensa para atajar el acceso de la salvajina que un alto y cerrado salve de espi-

nos y majoletos, dejaban franca la entrada á las ardas, conejos y leporinos.

Pasados los verjeles, al penetrar en un verde prado, que arrancaba al pie de un humilde otero, apeáronse la reina y la princesa tártara, el infante D. Enrique, el alconero mayor del rey, Pero Carrillo, y los caballeros y damas que les seguían, dándose luego comienzo con losalcones á la caza de la garza.

El príncipe Abulhasan y los suyos, precedidos de dos de los más expertos monteros de la casa del rey con una trailla de sabuesos, se internaron en la selva por la parte del Este, y el caballero Aceja, jinete en un brioso trotón atigrado y llevando en la grupera á un lindo pajecico del Infante, que con una alcarraza á la espalda le había suplicado con instancia el acompañarle, se internó por la del Oeste, yendo delante, á guisa de explorador, provisto de un chuzo y de una bocina y acompañado de dos hermosos lebreles y tres perros alanos, su fiel escudero Juan Fortún. Detrás y á razonable distancia iba el doncel Alvar Yañez, montado en el blanco corcel de su carísimo amigo.

Quiso el acaso ó la suerte, que aun no se había alejado el Farfán obra de mil pasos del sitio en que quedaban el infante D. Enrique y las damas, cuando, amagando el cuerpo y poniendo el dedo en los labios, significó el escudero á su amo y al pajecico, que cabalgaban tras él á corto trecho, que guardaran silencio y, volviendo á ellos con leve y cauteloso paso les dijo quedo, mostrándoles el sitio, que se le antojaba haber visto al través de la jara, al pie de un grupo de pinos seculares, á un enorme oso. El pajecico, que esto oyó, comenzó á temblar como un azogado y apeándose precipitadamente y llevándose tras sí la caperuza del Farfán, de cuya punta se había en su turbación asido, trepó, ligero como una ardilla, á la copa del primer árbol que tuvo á la mano. Que lo avizorado por el escudero era así como él lo decía, no tardaron en verlo, pues habiendo sentido el oso el acceso de los cazadores y los perros, en vez de encomendar su salvación á la fuga, rompiendo resueltamente por la maleza, se arrojó puesto de pie con ímpetu tan furioso, tan recios gruñidos y tal crugimiento de dientes so-

bre el trotón de Aceja, que caballo y caballero no habrían escapado de su furor, si apercebido y en guardia, y parada en firme la fiera al oír el agudo toque de bocina, que sonaba el escudero azuzando los perros, no le hubiera sepultado el rejón en las entrañas. Muerto el oso, echó pie á tierra el Farfán y llamó al pajecico que á la sazón, y para reponerse del susto, estaba trasegando el contenido de la alcarraza. Llegó en esto el doncel Alvar Yañez con su caballo y habiendo terciado en él á la fiera, tomaron la vuelta del prado en que habían quedado Zoraida y la reina con su servidumbre. Luego que arribaron, pusieron el oso á los pies de las ilustres damas, é hincando el hinojo derecho en tierra, ofreció el Farfán aquel gentil despojo á la princesa tártara, la cual le dió muy graciosamente las albricias.

Mucho fué el contento que las palabras de Zoraida, tan parca y sobria en el hablar, produjeron al caballero Aceja. Todos los allí presentes, desde la reina y el infante D. Enrique hasta el último de los palacianos, celebraron su ventura. Pero llegó al colmo su alegría, cuando vió venir á poco al príncipe Abulha-

san y á sus Abencerrajes, los cuales por único trofeo de su algara venatoria traían un jabalí jabato, tan por extremo enteco y ruín, que daba grima mirarlo. La ofrenda que con ceremonioso y grave talante hizo de él á Zoraida el hijo del rey Saád, excitó la risa de damas y caballeros, y aunque los miramientos á su persona contuvieron su explosión, vino á convertirla con motivo excusable en franca carcajada, la súbita presencia de dos gimios, que, escapados de su jaula, se habían salido al campo y encaramándose á la copa de un árbol frondoso cargado de fruta, inmediato al sitio en que estaban, para burlar la persecución de su custodio, quien con la lengua de fuera, las cadenas en la una mano y una vara de acebuche en la otra, iba desalado tras de ellos á recobrarlos.

El príncipe granadino, que regresaba mal humorado de la caza, acabó por torcer el gesto cuando, reparando no lejos de Zoraida el formidable cuerpo del oso, advirtió al levantar sus ojos que los del Farfán reventaban de gozo, lo que no le dejó lugar á duda de haber sido su rival el matador de la fiera. El Infau-

te, á quien no se ocultó la contrariedad del hijo del rey Saád, como muy amigo y aficionado que le era, hizo lo que pudo por templarle el enojo, diciéndole que repetidas veces le había acaecido volver de la caza con las manos vacías y que, sin ir más lejos, aquella misma tarde tenía que regresar al alcázar con las perchas mondas, pues en el tiempo que llevaba de estar en aquel prado, en cuyo suelo jamás marraban las garzas, ni para un remedio se había dividido una.

De retorno los cazadores, salió el rey con sus cortesanos á la puerta principal del alcázar á recibir á la princesa, la cual, después de conversar brevemente con él y mostrarse muy complacida, retiróse con la reina D.<sup>a</sup> María, sus damas y el mirasa Thermaxerin, que, cada vez más cejijunto y sombrío, á penas si podía ocultar el negro humor que le devoraba.

Retiradas las damas, quiso el rey ver el oso y, habiéndoselo traído los monteros, felicitó calorosamente al Farfán y vuelto á sus palacianos les dijo, que se mirasen en la diligencia de aquel caballero, y aun añadió, para más estimularlos, que él ofrecía en pre-

mio al que le llevase vivo ó muerto el león ó la leona, que vagaban por aquellos andurriales, demás de las recompensas pregonadas, una palma de plata.

De estas palabras del rey hicieron coto, más que ninguno de los monteros y gentiles hombres allí presentes, el príncipe Abulhasan y el Farfán Aceja.

Aunque en aquella, como en las otras noches, hicieron los reyes sala, el cansancio del día y el propósito de madrugar le pusieron pronto término. No fué con todo tan breve, que no tuvieran tiempo los amantes de despacharse á su gusto, cada cual con su cada cual, pues hasta á algunos caballeros Abencerrajes y tártaros se les veía engolfados en sabrosísima plática con las damas castellanas. Ni podían llamarse á desaire las tártaras, por que á la linda Dilcoltagana le bailaba el agua el apuesto doncel Alvar Yañez, de quien tan prendada estaba, que, cada y cuando podía, andaba con él de chicoleo ó asomada á la ventana, supliendo el gesto y los ojos, lo que, por ignorar el habla de Castilla, no podía aún declarar cumplidamente la lengua.

## CAPÍTULO XXIV.

Del encuentro del Farfán y Zoraida con algo de lo acaecido en el segundo día de caza.

**C**ON el canto de las aves, que alborozadas y alegres saludaban al nuevo día, dejó el lecho Zoraida y, oída misa en la capilla del alcázar, bajó á los jardines á disfrutar del dulce y perfumado ambiente de la mañana, acompañada de la reina D.<sup>a</sup> María y del obispo de Burgos. Después de vagar una buena pieza por ellos, dirigieronse los tres á la Fuente del Perro, que así le decían á la de los tres cuerpos, y llegados que hubieron á ella, sacó la reina de la escarcela un mendrugo de pan y partiéndolo en dos pedazos, dió uno á la princesa y arrojó de una vez el suyo al ejambre de pececillos, que acudieron en tropel al cebo. Zoraida, á diferencia de S. A., hechas menudas migajas su cacho, las fué poco á poco echando á los patos, gansos y cisnes, que poblaban el remanso, los cua-

les, acercándose á la orilla, estremecidas las colas y alas y el pico abierto, reclamaban con broncos graznidos su parte en el banquete. Distraída en este esparcimiento, no notó la princesa que la reina y el obispo habían continuado su paseo hacia una bóveda de laureles, que á corto trecho se hacía, ni reparó, hasta que lo tuvo delante, en el Farfán Aceja, el cual, haciéndole una muy discreta y profunda reverencia, le dió los buenos días. Contestó al saludo la princesa con semblante dulce y risueño, aunque visiblemente contrariada de verse sola con él en aquella hora y aquel sitio, y reparando en la actitud y ademán del noble caballero su resolución de decirle algo, que acaso ella no creyó prudente oír, le preguntó si había descansado de la fatiga de la víspera, y como él respondiese no haber pasado ninguna, y aun añadiera que, por agasajarla y servirla, dispuesto estaba á dar por ella la vida, le rogó la dama, juntas las manos y con amorosas palabras, que no la aventurase por su causa. El Farfán, que creyó ver en la suplicación de Zoraida una como sombra de afecto á su persona, pensó ser llegada la hora

de abrir su pecho, y á canto estaba de hacerlo, cuando, pareciendo de improviso la reina y el obispo de Burgos, se le heló el habla en los labios. Bastante, empero, hizo para significar á la princesa, de no ser de ella conocido, el sentimiento que le embargaba.

Cuando pasaba esto, encontrábase Abulhasan con el alguacil Abenamar en la puerta principal del alcázar, desde la cual se percibía distintamente la Fuente del Perro.

Entre cortado y confuso saludó el Farfán á la reina y al obispo, los cuales, si repararon en la turbación del caballero, no hicieron semblante de ello, aunque el silencio que guardó S. A. no dejó de ser significativo. Como quiera que fuese, comprendiendo el Farfán que debía de retirarse, lo hizo tras breves momentos, manifestando que, teniendo noticias por un su amigo, montero de la casa del rey, que en las arenas de la Rambla del Diablo se notaban huellas de una fiera, que no eran de oso, de jabalí, de venado ni de lobo, había resuelto explorar aquel sitio y sus alrededores.

Luego que se fué el Farfán, regresaron la

reina, la princesa y el obispo al alcázar, en cuyo zaguán encontraron al hijo del rey Saád y al alguacil Abenamar, quienes, ofreciéndoles el brazo, las condujeron á la real cámara, en cuya puerta de entrada, más sombrío aún que la noche última, se hallaba el mirasa Thermaxerin. Algo debió de decir al oído el príncipe granadino á la princesa tártara al subir los peldaños de la escalera, que le hizo salir los colores á la cara. ¿Sería acaso un conato de declaración ó algo alusivo á su plática con el Farfán? Fuérase lo que se fuera, la majestad, de que se revistió el rostro de la princesa, selló los labios del príncipe granadino.

Con ánimo el rey de que fuera aquel día abundante en caza, había dispuesto la víspera que los ojeadores y monteros salieran bien de mañana con sabuesos y podencos y sendas traillas de alanos al lugar del bosque más granado de ella, y que antecogiendo á cuantas piezas encontrasen al paso, las arredraran hácia una gran explanada del monte, llamada la Calva del Fraile, distante obra de una legua del alcázar hacia la parte de tramontana,

donde él con su comitiva y cantidad de arqueros y ballesteros esperarían el acceso.

La hora de tercia sería cuando los reyes y el Infante con las damas y caballeros de la corte, la princesa tártara con las suyas y el príncipe Abulhasan con unos cuantos Abencerrajes, jinetes todos ellos en sendas hacaneas y palafrenes, excepto el bufón Mesrúr, que solo pudo lograr una mala mula, penetraron en el bosque.

Aun no habían andado tres millas, cuando se oyó á no larga distancia el rumor de la algazara de los ojeadores y monteros y el ronco son de sus bocinas y aliaras. Para no llegar tarde al lugar designado y salvar el espacio, que les restaba aún por andar, necesario era avivar el paso, y comprendiéndolo así el rey y el Infante, saltando breñas y matorrales, partieron á trote largo con todo su acompañamiento. Y, cierto, no marró el cálculo de SS. AA., pues, apenas llegaron á la Calva del Fraile, pareció por el extremo opuesto en barajado y confuso tropel tal muchedumbre de ardas, conejos, liebres, gamos, corzos y jabalíes, que en un abrir y cerrar de ojos quedó el vasto espacio

cubierto. Innumerables eran las piezas chicas y grandes, que á cada momento caían heridas ó muertas por los venablos, dardos y flechas, que sin cesar poblaban el aire. Si sería grande el pánico de los pobres animales al huir despavoridos de sus perseguidores, que atolondrados y ciegos, iban, hasta los más fieros, á ampararse, como mansos corderillos, bajo los caballos y hacaneas!

—¡Quién podría calcular las piezas de todo jaez que en aquel venturoso día se cobraron! ¡Pero quien podría decir de entre los cazadores, que con tirar al bulto tenía la seguridad de dar en el blanco, esta res es mía! Mucho se solazaron todos, especialmente las damas, con aquel comporte; pero el infante D. Enrique, que vió en tan atroz matanza el esterminio del monte y el fenecimiento en él por muchos años de su diversión favorita, resolvió, al reparar á los ojeadores y monteros cargados de toda suerte de animales, sofocados en la carrera, que se les dejara en paz por aquel día, y pues era ya llegada la hora de cazar con halcón, dirigiéndose á las damas les dijo, que quien quisiera seguirle que lo hicie-

ra, propuesta que de suyo blandas y compasivas aceptaron todas gustosas.

Fuéronse, pues, la reina y la princesa con el Infante y losalconeros por un lado y el rey al alcázar por otro con sus ministros y cortesanos y el mirasa Thermaxerin. En cuanto á Abulhasan, pesaroso de no haber hecho cosa señalada en aquella hora y mortificado aun del fracaso de la víspera, se internó en el bosque con el alguacil Abenamar, el bufón Mesrúr, varios caballeros Abencerrajes y dos monteros, con perros de la jauría del rey, abrigando la esperanza de topar con alguno de los leones ó de cobrar al menos pieza de lustre que abonara su pericia y valor en estos nobles cuanto arriesgados ejercicios marciales.



JUNTA DE ANDALUCÍA

Archivo Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA



## CAPÍTULO XXV.

De cómo el Farfán dió muerte á uno de los leones de Zoraida.

**Q**UENTRAS tanto el Farfán, que á poco de despedirse de la reina y de Zoraida, acompañado del doncel Alvar Yañez y de su escudero, había salido para la Rambla del Diablo, después de haberla andado del uno al otro cabo sin encontrar en ella rastro ni huella de animal alguno, caminaba desalentado á la aventura bajo la acción de un sol abrasador por aquellos vastos breñales. Extenuados de fatiga, sudando el quilo y atormentados por la sed, su único afán era dar con algún abrevadero en que desalterarse. Desesperanzados de hallarlo y de encontrar algún árbol á cuya sombra ampararse, pues todo lo que se divisaba del monte estaba cubierto de espesos atochares, decidieron volverse, y así lo hubieran hecho, si el escudero Juan Fortún, que, á guisa de adalid, iba delante de ellos obra de

cien pasos no les hubiera gritado, lleno de júbilo, que al pie del otero en que estaba se abría un barranco por el que discurría un tenue chorro de agua. Con nueva tan lisonjera, cobraron aliento los cazadores, y subiendo Alvar Yañez á la grupa del caballo del Farfán, llegaron en un verbo á la margen de la quebrada, por donde el agua fluía, y descendiendo rápidamente á ella se pusieron de bruces todos tres á beber con las ansias del hidrópico en el remanso del arroyo que se hacía al pie de un guindo silvestre, cargado de fruta. En esta operación estaban, cuando oyendo ruido como hacia la cerrada maleza, que cubría la margen opuesta del barranco, vieron con espanto salir de su espesura un zorro y en pos de él á un formidable león, que, al divisarlos, se vino resueltamente á ellos, hechos los ojos ascuas, cubiertas las fauces de espuma, herizada la melena y sacudiendo con brío la cola sobre el lomo. El fruncido y movimiento de la piel de su frente daban al rostro de la fiera tal expresión de furor que á otros menos valerosos que ellos se les hubiera helado la sangre, pero advertidos del peligro que corrían, se pusieron

instantáneamente de pie, y, requiriendo sus armas, se aprestaron al combate. Vino á extremar aquel su angustioso estado la fuga del caballo del Farfán, que, aguzadas las orejas y dando relinchos de espanto, trepó á todo correr por la ladera que tenían á las espaldas, y á no habersele enredado en un zarzal las bridas, no logra seguramente recobrarlo su amo. El cual cabalgando sobre él de un salto, á pesar de la resistencia del pobre animal, corrió presuroso, la lanza en el ristre, en auxilio de sus compañeros, que se hallaban en gravísimo aprieto, pues aun no había acabado el escudero de armar su ballesta, cuando le dió el león, al saltar el arroyo, tan descomunal embestida, que haciéndole caer de espaldas, fué un milagro de Dios que no le hiciera pedazos, y cierto lo hubiera hecho, puesta como le tenía una de las zarpas en el pecho, de no haberle prestamente acorrido el doncel Alvar Yañez y descargado sobre la fiera con el mandoble tan tremenda cuchillada, que gracias á habersele embotado el filo en su espesa cabellera, no le cercenó la cabeza del tronco. Sentir el león el golpe, volverse furioso al doncel y hacer

amago de acometerle, dando un rugido espantoso, que resonó por la cuenca del barranco, fué obra de un momento. Y aun cuando con el mandoble levantado en alto esperó el bizarro y valeroso mancebo á la fiera sin cejar un paso, habría, á no dudar, fenecido entre sus garras, si interponiéndose rápidamente el Farfán, y á tiempo de saltar la fiera al pecho de su encabritado caballo, no le hubiera metido por las fauces la lanza hasta las entrañas. La emoción experimentada por los cazadores al contemplar sin vida á sus pies al terrible animal, más que para explicada es para sentida. No les cabía el gozo en el cuerpo; abrazáronse muchas veces los unos á los otros, dándose recíprocamente el parabién. Ni Juan Fortún se cuidaba de la sangre que brotaba de sus heridas, levísimas por ventura, que la garra de la fiera le había causado en el pecho, ni hacía maldito caso el doncel de parecer sucio y desmedrado ante su enamorada, hecho, como tenía, una sopa el lindo justillo á dos colores que engalanaba su talle, ni pensaba el Farfán en otra cosa que en abreviar su regreso para ofrecer á Zoraida el gentil despojo de la jorna-

da. Lavadas que fueron las llagas de Juan Fortún, y restañada la sangre con sus mocaderos, átasajaron al león sobre el caballo, y, acomodando al escudero en sus ancas, tomaron los cazadores la vuelta del alcázar, á cuyos jardines llegaron como entre dos luces tras cuatro horas mortales de marcha.

Quiso su buena estrella que las primeras personas con quienes dieron, fueron la reina y Zoraida, en cuya mano revoloteaba un hermoso jerifalte, desinquieto por los ladridos de un gozquecillo, que traía constantemente á sus pies la dama. Descargado el león, adelantóse el Farfán á las ilustres señoras é hincando el hinojo derecho en tierra ante la princesa, le rogó con solicitud le hiciera la señalada merced de aceptar el trofeo de aquel día. Pagada Zoraida del rendimiento del caballero Aceja, agradecióle con rostro placentero y dulces y graciosos términos su galantería. Cumplimentóle también con efusión la reina, gozosa de ver muerta á una de aquellas espantables fieras que tantos estragos habían causado en los ganados de Arévalo. Y como, admiradas las damas de la hazaña del Farfán,

le significaran su deseo de conocer sus accidentes, satisfizolas de buen talante el noble caballero, relatándoles el suceso con tales pelos y señales, que tanto su Alteza, como Zoraida dieron visibles muestras de conmoverse, señaladamente la princesa, que, sintiendo escalofríos, rogó á la reina mandara al alcázar por los mantos, de cuya misión se encargó el doncel Alvar Yañez, el cual fué y volvió en un vuelo con ellos, acompañado de las damas de Zoraida, Mundasaga y Cholpamalaga.

Estaba en esto el infante D. Enrique á no larga distancia de su madre y de Zoraida, dando caza á una garza con un neblí y un sacre, y como el doncel que le asistía tornase el rostro al armar una ballesta hacia el sitio en que se hallaban las damas y echára de ver el cuerpo del león, fuése luego á dar cuenta á su amo, el cual, picado de curiosidad, marchó á todo correr hacia ellas, y aunque maldita la gracia que le hizo la hazaña del Farfán, que despojaba al bosque de tan espléndida pieza, tendióle los brazos en muestras de enhorabuena.

Como la reina, su madre, y la princesa tár-

tara, quiso también el Infante saber los accidentes del caso, achaque habitual de cazadores, y tomando consigo al Farfán y al doncel Alvar Yañez, después de ordenar á Juan Fortún que se retirase y á sus criados que llevaran el león al alcázar, regresó con ellos al lugar en que susalcones traían aun trabada guerra con la garza. Entrábase en esto á más andar la noche, y habiéndose levantado los frescos aircillos que suceden en tierra de Arévalo á las puestas del sol, disponíanse la reina y la princesa, rebujadas en sus mantos, á tornar al alcázar, cuando les salió al paso Abulhasan con un grupo de moros, precedido de Mesrúr, que traía del ronzal una mula cargada con un venado enorme, muerto, al decir del bufón, por la propia mano de su amo (aunque descubrióse más tarde que lo fué por Abenamar) en un lugar arredrado del bosque, no sin grave riesgo de su persona, como lo declaraba su marlota hecha un harambel de las fieras embestidas del animal. Este percance, que realzaba el don que de él hacía á Zoraida, le fué muy cortesmente estimado; pero cuando supo por la reina la fortuna del Farfán, mordióse el

príncipe los labios, y aun hubiera reventado de rabia á ser menos entero de ánimo. En trabada conversación con su Alteza y la princesa, él y el alguacil Abenamar las acompañaron al alcázar. Pisándoles casi los pasos iban el infante D. Enrique y el Farfán, y como al llegar cerca de sus puertas oyera el gentil caballero que le llamaban por su nombre, miró hacia el lugar de donde partía la voz, viendo en la del lado derecho al montero mayor del rey con la palma de plata que había prometido S. A. en galardón á aquel de sus caballeros, á quien cupiera la fortuna de ser el primero en dar muerte á uno de los leones. En cumplimiento, pues, de la oferta, salió el tal personaje al encuentro del Farfán, en cuyas manos puso la palma con general aplauso de todos los presentes, entre ellos del rey, de la reina, de la princesa y del Condestable, asomados á la sazón á las ventanas del alcázar. Entregada por el montero mayor la palma al venturoso caballero Aceja, pasó de sus manos, con destino á la hermosa Zoraida, á las del doncel Alvar Yañez, y de las de este á las de Dilcoltagana, que

habiendo visto venir á su amante bajó precipitadamente á su encuentro al dintel de la puerta de la izquierda.

En tanto una banda de músicos y ministriles, situada por orden de S. A., en el zaguán del alcázar, tocaba muy regocijadamente sus trompetas, dulzainas y chirimias en celebración de la hazaña del afortunado caballero.

La sala que hicieron los reyes aquella noche estuvo grandemente animada. Huvo momos y personajes; bailaron el Infante, Abulhasan y la princesa tártara con la mayor gracia del mundo; danzaron y cantaron solos y en constante damas y caballeros, dándose fin á la fiesta con una muy empeñada partida de ajedrez entre el Farfán y Zoraida que con general expectación duró pieza de una hora.

---

## CAPÍTULO XXVI.

De la plática que pasó entre Thermaxerin y Belfegor.

**L**A venturosa estrella del Farfán, que tan marcadas ventajas le daba sobre su competidor y rival, el hijo del rey Saád con duelo de moros y regocijo de cristianos, no traía tan en tortura á Thermaxerin, como el pensamiento, que desde el día del torneo se le había clavado en el alma, de ser Abulhasan el preferido de Zoraida. Cuantas reflexiones le había hecho Cholpamalaga para desvanecer sus antojos habían sido vanas: tan desquiciado le tenían el juicio los celos. Excusando el trato y comunicación con las gentes, taciturno y sombrío, encerróse en su algorfa al regreso de la caza, y cuando le vino recado del mayordomo mayor de palacio de que el rey lo esperaba al yantar, excusóse lo mejor que pudo y aun de asistir á la sala, que cuotidianamente se hacía, receloso que, acogidos con

buen rostro por Zoraida los galanteos del príncipe granadino, se le quebrasen los ojos. Exaltóle á tal extremo la idea de llegarla á ver en sus brazos en no lejano día, que, ciego de furor, tiróse cuán largo era por los suelos, en los cuales se dió tan fieros golpes y calamonzos, que no parecía sino que le habían majado á palos. Alzábase y abatíase su pecho con honda fatiga, como doliente que falto de aire, siente que se le escapa la vida. Paralizados é inmóviles mostrábanse sus saltones ojos tenazmente fijos en la techumbre, y con las garras de sus crispadas manos arrancábase los mechones de su bronca cabellera y poblada barba y hacía girones y trizas sus vestiduras. Las contorsiones que hacía y los retemblidos que daba, más que de enfermo atacado de he-  
ril, tenían todas las trazas de los de un poseso del demonio. Duróle el terrible acceso hasta la media noche, hora de sus tráfgos satánicos y de sus pláticas con su espíritu familiar. Vuelto en su acuerdo, tras larga suspensión y atolondramiento, dirigióse con paso tardo y vacilante á la finiestra; abrió de par en par sus vidrieras, prosternóse en tierra y hacien-

do una profunda zalema, en muestra de adoración y vasallaje, al espíritu de las tinieblas, estuvo largo tiempo como arrobado y en éxtasis contemplando las esferas y mundos misteriosos que pueblan el espacio. De pronto, y como si se sintiera inspirado, se puso de pie, y abalanzándose á la mesa en que ardía la mecha amortiguada de una lámpara, sacó de sus cajones unos sucios guñapos, con los cuales forjó una figurilla de no más de un jeme de grande, que no parecía sino fidelísimo remedo del príncipe Abulhasan. Fraguado que fué el muñeco, arrebujuóle en su seno y, pronunciando un conjuro, llamó á su espíritu familiar. El cual, entrándose de rondón por la ventana, acomodóse, sin más cumplidos ni ceremonias, cruzadas las piernas, sobre un sillón frontero al de Thermaxerin. Érase aquel diablo alto de cuerpo, enjuto de carnes, de nariz roma y respingada y ralo de barba. Traía por aladares dos pitones de aral y un rebenque por rabo. Su boca era la del rápe, sus ojos los del lince, las del grifo sus garras y las del murciélago sus alas. Tan pestilente hedor de sí echaba, que no había que pedirle

el albalá de origen para saber que venía del infierno.

—¿Qué te se ocurre, mamarracho? dijo á Thermaxerin el seide de Satanás. ¡Por Belcebú, no seas cócora, que el tiempo es oro y tengo que hacer en otra parte!

—Que no puedo pasar más tiempo sin Zoraida, respondió con voz doliente y angustiada Thermaxerin. El fuego que te abrasa, es menos vivo y activo que el que consume mis carnes y calcina mis huesos. Como tu no lo remedies, cuéntame con los muertos.

—Jerga habitual es esa, respondió Belfegor, que así se llamaba aquel diablo, de toda suerte de libertinos. Estais en brasas, mientras no dais contento al deseo; pero que se vea satisfecho y os quedais al punto un tantico mustios y macilentos, relamiendoos la geta, como perros hartos de guifa. ¡Si conoceré el género sin examinar el marchamo de fábrica! Como que tú, los otros como tú y los de más allá, estais vaciados en la misma turquesa. Presupongo, que es presuponer, añadió, que logras por mis artes hacerte dueño de Zoraida. ¡Pues mi gozo en un pozo! Cedacico nuevo,

tres días en estaca. Cierito, no pasarían, sin que, cobrando nuevos alientos, te lanzaras otra vez por esos mundos, como perro callejero, en rebusca de alguna otra cuitada que ensuciar con tus babas. Los de tu cepa, sean ó no, como tú, rematados cotrales, os pareceis á los bueyes en el bosque, que van siempre buscando el pasto fresco.

—Anda, despáchate á tu gusto, replicó Thermaxerin en son de amarga queja. ¡Mentira parece que quieras confundirme con esa ruín cáfila, cuando son tan levantadas mis ansias! ¡Si supieras el rigor de mis tormentos, de otra suerte me hablarías! Lo que es el agua al sediento y al aquejado de hambre el manjar, así es ella para mi; mi descanso y refrigerio. En resolución, sin ella no quiero vivir la arrastrada vida que vivo.

—La cantinela de siempre, dijo Belfegor. Lo mismo me decías, cuando andabas pirrado por Cholpamalaga. Lo que tiene es, que por ser esta de tu propia estofa fueron tus regomellos breves, y pocos los asaltos para hacerte dueño de la plaza. Ladrón, ¡y que amartelado estabas! ¡Lo que va de ayer á hoy! Hoy la

aborreces con tus cinco sentidos, por más que otra cosa digas. Achaque es este de todo amor liviano: adora hoy lo que mañana detesta. Las mujeres de su corte, se parecen á las uvas, que luego de esprimir su jugo, no dejan más que el orujo, bueno solo para el fuego. Cierto, de no servirte de atalaya para espiar á la princesa, hace tiempo le hubieras dado catite ó arrojado á un albañal como sucia aljofifa de cuadra. Así pagamos tú, los libertinos como tú, y nosotros á quien bien nos sirve.

—Pagarán como quisieres, replicó Thermanerin, que ni lo sé, ni me importa, ni gusté nunca averiguar vidas ajenas. Lo que te juro es que no tuve yo jamás mejor ni más fiel amiga ni confidenta.

—¡Hi, hi, hi! exclamó Belfegor, disparando en una larga risa. ¡Cernícalo que tu eres! ¡Tu mejor amiga y confidenta! ¡Hombre, no seas mastuerzo y llama á las cosas por su propio nombre! Alcahueta querrás decir, que no confidenta. ¡Si sabré yo del pie que cojea esa mala hembra, y lo que suda, resuda y se afana á diario, para hacerte lugar en el pecho de su ama! Oficio es el suyo peculiar y pro-

pio de las que, hartas de rodar á todo trapo por el mundo, usan de toda suerte de engaños y disfraces para perder al género humano. Capaz es ella de dar cuatro y raya á las beatas de pega, que son de entre las terceras lo sublimado del género. Como que con trazas de santidad hacen tragar el anzuelo hasta al lucero del alba. Á diario entra de esta especie de comadres razonable guilla por casa. Unas cuantas tengo en legía á la hora horada. ¡Y que duras de cocer son las malditas! ¡Y bacheras! Ni que fueran hechas de encargo! ¡Si las dejara hablar, tendría que darme punto en la boca! ¡Vaya una gente de agallas! Hechas están unos chicharrones, y no cejan en sus zurcidos y enflautamientos. Quede, pues, ejecutoriado, que el oficio de Cholpamalaga no es otro que el de procurar con sus embelecós y enredos hacerte lugar en el corazón de su ama. Eso sí; que es fina como la seda, yo mismo lo confieso; que es insinuante y zalamera, luego se echa de ver, y que lleva miel en los labios, nadie, que la oiga hablar, sospechará que es su pecho un charco de ponzoña. Conque punto redondo y al avío. Dí por

lo llano ahora lo que quieres, sin andarte por las ramas.

—Pues de grado ó por fuerza, contestó Thermaxerin, quiero poseer á Zoraida.

—De grado... ¡Hum! replicó Belfegor, me parece que están verdes. Entrar en posesión de ella por la buena, no hay tu tía, eso no puede ser. Repara sino en esa tu fábrica, que no es para codiciada; con más años que un palmar, turbios y pitarrosos los ojos, rugoso y despercochado el rostro, hecha la boca un beque y el habla en cuclillas. Hasta tus juanetudos pies, que más arrastran que andan, apenas si sirven ya de sostén á ese desvencijado cuerpo, que está pidiendo á voces la fosa.

¡Valiente galán! Y habría Zoraida de mirarte á la cara!

—De menos nos hizo Dios, dijo mohino Thermaxerin. ¿No ves de cada día mujeres espléndidamente hermosas, casadas con maucos, tullidos, patiestebados y zambos, y hasta con rematados peales?

—Algo tiene el agua cuando la bendicen, replicó Belfegor. Quiérote decir que aun cuando de gustos no hay nada escrito, y haya gus-